

La mirada del burgués Un ensayo de historia sociocultural

Isabel Burdiel

② Jesús Millán y Josep Maria Fradera editaron en su momento un volumen colectivo que ponía a disposición del lector español algunas de las importantes contribuciones europeas al respecto, J. Millán y J. M. Fradera (coord.), *Las burguesías europeas del siglo XIX: sociedad civil, política y cultura*, Madrid-Valencia, Biblioteca Nueva-Universitat de València, 2000. Ver también, por ejemplo, R. Romanelli, «Borghesia, Bürgertum, Bourgeoisie. Itinerari europei di un concetto» en: J. Kocka (ed.) *Borghesie europees de l'Ottocento*, Venecia, Masilio, 1989 y «Urban patricians and "bourgeois" society. A study of wealthy elites in Florence, 1862-1904», *Journal of Modern Italian Studies*, 1-1 (1995); págs. 3-21; P. Macry, *Ottocento. Famiglie, elites e patrimonio a Napoli*, Turín, Il Mulino, 1989. Precisamente con Romanelli, y sobre este tema de la conceptualización de la burguesía, Serna y Pons colaboraron en *A qué llamamos burguesía. Historia social e historia conceptual*, Valencia, Episteme, vol. 177/178, 1997. El concepto de «distinción» de Bourdieu es un eco permanente en la obra que reseño, desde su mismo título. P. Bourdieu, *La distinción, criterios y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1998. En otro orden de cosas, Justo Serna se ha mostrado muy crítico con algunas de las aportaciones del sociólogo francés. Ver, por ejemplo, «¿Perjudica Bourdieu a los historiadores? (A propósito de *Sur la télévision*)», *Historiar*, 3 (1999); págs. 120-150.

① La referencia de Charle en J. Kocka (dir.), *Les bourgeoisies européennes au XIXe siècle*, Paris, Berlin, 1997 y P. Joyce (ed.), *Class*, Oxford, Oxford University Press, 1995.

Hace algo más de diez años, Christophe Charle escribía en un influyente volumen colectivo sobre las burguesías europeas del siglo XIX que una de las novedades más evidentes del desarrollo de la historiografía durante las décadas finales del siglo XX había sido la importancia concedida a los valores culturales como elementos fundamentales en la formación de la burguesía como clase o, más exactamente, de las diferentes burguesías como grupos y actores sociales diferenciados. Una revalorización que pretendía superar, o al menos ampliar y complicar de forma significativa, los análisis centrados en los aspectos y relaciones de carácter socioeconómico que habían primado hasta entonces en los estudios sobre las burguesías europeas. Casi a la vez, al otro lado del canal de la Mancha, obras como la editada por Patrick Joyce bajo el rotundo (y al mismo tiempo ambiguo) título de *Class* enfatizaban, no ya sólo los valores culturales en el sentido clásico, sino los procedimientos lingüístico-discursivos de conformación de la propia noción de clase social cuya centralidad quedaba cuestionada por lo que respecta a la comprensión del mundo social, de la identidad y la acción colectiva e individual ①.

La obra que acaban de publicar Anaclét Pons y Justo Serna no se interna en la senda avanzada por Joyce y otros autores de inspiración postestructuralista la cual, por otra parte, prometía más de lo que ha sido capaz de producir en términos de conoci-

miento histórico concreto. Aunque son buenos conocedores de esa problemática y la toman sin duda en cuenta, su mundo de referencias se sitúa en el terreno, que a la postre ha resultado mucho más fructífero, de autores como Jürgen Kocka, Raffaele Romanelli, Paolo Macry o incluso el sociólogo Pierre Bourdieu, por citar sólo a algunos que dejan rastro patente en su obra ②.

Todos estos autores —desde su evidente diversidad de intereses y métodos— han insistido en que la categoría de «burgués» o «burguesía» alude históricamente a algo más que a una posición estructural de carácter socioeconómico para entrar característicamente en el terreno de un acopio cultural propio que recorre los distintos niveles de renta, situaciones económicas, profesionales o jurídicas. Para ser burgués, dicen Bourdieu o Macry, hay que reconocerse y ser



Anaclét Pons y Justo Serna
Diario de un burgués.
La Europa del siglo XIX vista por un valenciano distinguido.
Valencia, Gratacels, 2006,
240 págs.

reconocido como tal sobre la base de disfrutar de un cierto grado de seguridad material y de mostrar (representar en público) una atención apropiada al estilo de vida.

El reconocimiento del status burgués reside, por lo tanto, en dos mecanismos complementarios y estrechamente relacionados entre sí. Por una parte, en la distinción continuada y consciente respecto al mundo de lo no-burgués y muy específicamente (más que respecto a la vieja clase aristocrática, aunque también) respecto a lo que genéricamente podríamos llamar las *clases populares*. Por otra parte, y tan importante como lo anterior, en la confirmación inter-subjetiva de ese «ser burgués», reafirmada en compañía de otros de status equivalente y superior. Una reafirmación igualmente continuada y consciente, cultivada día a día, hora a hora, generación tras generación; en la casa y en la calle, en la empresa y en la tertulia, también en el viaje.

Sándor Marai, en su espléndida novela *La mujer justa* (que oportunamente citan Serna y Pons, escritores tan prolíficos como lectores insaciables), puso en boca de su protagonista una de las mejores definiciones que he leído de ese «ser burgués» que este libro se esfuerza por describir: «Defendían con uñas y dientes lo que creaban. Y no sólo creaban en la fábrica sino también en el desayuno o en la comida. Creaban algo que ellos llamaban cultura, educación, civismo, incluso cuando sonreían o cuando se sonaban la nariz con discreción... Para ellos lo más importante era conservar lo que habían creado con su trabajo y sus modales, con toda su existencia... sí, era más importante guardar que crear. Como si vivieran más de una vida al mismo tiempo, la vida de sus padres y la de sus hijos. Como si no fueran seres individuales, distintos de los otros, personas únicas e irrepitibles, sino sólo momentos de una única y larga vida, vivida no tanto por los individuos como por la familia entera, la familia burguesa...» ③

④ A. Pons y J. Serna, *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera valenciana de mediados del XIX*, Valencia, Diputació de València, 1992, con prólogo de Romanelli.

③ S. Marai, *La mujer justa*, Barcelona, Salamandra, 2005, pág. 305.

De todo esto —de lo burgués en ese sentido cultural y ambiental, de la familia y de la (¿falta?) de individualidad— trata este libro que toma como pretexto el manuscrito de un burgués valenciano, encontrado en el Archivo Municipal de Valencia, y que consiste básicamente en las notas que fue tomando José Inocencio de Llano desde que, en 1842, inició su primer viaje por Francia e Inglaterra. Una especie de diario que comienza con su particular *Grand Tour* el cual, sin embargo y significativamente, nunca incluyó la Italia que los grandes burgueses (y aristócratas) franceses, alemanes o británicos consideraban *el destino* central de su travesía educativa y espiritual.

El tratamiento analítico utilizado y el rendimiento intelectual que Pons y Serna son capaces de ofrecer a partir de ese manuscrito demuestra, una vez más, que ambos constituyen un equipo de trabajo insólito en el panorama actual de la historiografía española. Por lo que respec-

ta al ámbito valenciano y estrictamente histórico, sus obras sobre son hoy trabajos de referencia ineludible. Entre todas ellas destaca su estudio de la Valencia liberal y burguesa de mediados del siglo XIX, *La Ciudad Extensa*, en la que se perfila con una nitidez que no teníamos los negocios y las formas de vida de una tupida red de burgueses valencianos: los Campo, Dotres, Trénor, White, Morand, Lassala, Caruana, Palavicino, Romero, etc. Entre ellos también, y de forma central, la familia de José Inocencio de Llano, estrechamente relacionada con alguna de las anteriores ④.

La Ciudad Extensa rompió moldes en muchos sentidos combinando el rigor y la novedad, una concienzuda y extensa labor de archivo y la atención mejor informada (y más creativa) hacia los métodos y las reflexiones de la historiografía internacional. Serna y Pons no copian explicaciones y propuestas metodológicas procedentes de esa historiografía y las importan sin más. Participan en los debates internacionales y hacen aportaciones sustanciales. No en vano son también autores de una serie de obras, de carácter teórico y metodológico, sobre la microhistoria italiana y la reciente historia sociocultural. En concreto, su trabajo sobre Carlo Ginzburg es citado y valorado internacionalmente como uno de los mejores estudios sobre el historiador italiano que tanto les ha influido ⑤.

La obra que estoy reseñando (de momento la última de una labor tan prolífica que hace presagiar que pronto será la penúltima) se sitúa como un eslabón más de ese esfuerzo por comprender en todos sus aspectos —sociales, económicos, políticos y culturales— a la en su momento tan denostada (o incluso *inexistente*) burguesía valenciana del ochocientos. Una burguesía que, contra lo que se nos había dicho, estaba relativamente bien integrada en la Europa de su época; que participaba de los negocios, de las formas de vida, de los viajes, de los balnearios, los médicos, los hoteles

⑤ A. Pons y J. Serna, *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg*, Madrid-Valencia, Cátedra-Universitat de València, 2000 y *La historia cultural*, Madrid, Akal, 2005.

y retratistas, las diversiones, las modas, los comportamientos familiares, etc., de sus congéneres de Europa occidental. Desde todos estos puntos de vista, la imagen que transmiten Pons y Serna trasciende toda tentación analítica de tipo localista y busca ayudarnos a conocer mejor, en la práctica, a ese tipo ideal de «el burgués» decimonónico que tantos ríos de tinta ha hecho correr desde su mismo nacimiento.

Sin duda encontrar aquel manuscrito, a partir de una referencia perdida en algún otro libro que no supo sacarle provecho, fue un hallazgo afortunado. Sin embargo, lo verdaderamente relevante es el tratamiento que los autores hacen de ese documento y lo que logran decir, y hacer pensar al lector a través de él. Lo que logran incluso hacer decir al propio autor de aquellas notas. Unas notas la mayor parte de las veces escuetas, contenidas, poco reflexivas en general, incluso apabullantemente planas. Aquel valenciano distinguido viajaba, entre otras muchas cosas, para distinguirse. Pero él mismo, quizás, distinguía poco. El mérito principal, a mi juicio, del tratamiento que hacen Serna y Pons de aquellas anotaciones consiste en tratar de volver expresivo lo inexpresivo, significativo y relevante lo que a primera vista parece opaco y escaso de significado.

Con una prosa irónicamente decimonónica, los autores nos hacen ver a José Inocencio de Llano como lo que fue: un burgués viajado que anota en su diario *cosas* y casi nunca sentimientos o reflexiones propias respecto a lo que veía. Sus adjetivos son previsible y París es monumental y mundano y Londres bullicioso e industrial, o algo similar. Los Alpes son, por supuesto, sublimes y ante el monumento de *Los amantes de Teruel* a José Inocencio no parece ocurrírsele otra cosa que pensar «Ella está mejor conservada que él». El viajero distinguido realiza a veces primorosos dibujos haciendo gala de su fama de virtuoso en ese arte tranquilo y burgués del paisajismo amateur que le va-

lió alguna exhibición pública a gusto de sus parientes y amigos.

De Llano pertenece a esa estirpe de viajeros, la más numerosa y la que nació precisamente con la burguesía, que tiende a ver lo que espera ver, lo que le han dicho que va a ver y que *debe* ver y recordar. Su diario, iniciado en la adolescencia, es el recordatorio de unos viajes, y en ocasiones de algunas vivencias estrictamente valencianas, que evita cuidadosamente toda referencia, tanto a la vida íntima como a la vida pública y que se centra, parcialmente al menos, en la vida privada —en la línea de la distinción establecida en su momento por J. Habermas⁶. Poco sabemos de los sentimientos, de los amores y desamores de aquel burgués bien casado, y «mejor acompañado» como gustan de subrayar los autores del libro. Tenemos pocas opiniones respecto al agitado mundo político que le rodeaba, en aquel convulso siglo XIX, y que parece vivir con una distancia absolutamente olímpica. Con algunas excepciones como la referida a los acontecimientos del llamado «Sexenio revolucionario» en Valencia, casi no hay nada en el diario que permita situar a José Inocencio en algún escenario, anímico, social o político, reconocible más allá de los hoteles, las ciudades y los balnearios que visitó. Aparentemente.

Lo que hacen Pons y Serna es precisamente *desvelar* a De Llano. Analizar su narración a través de sus limitaciones expresivas y arrojar luz sobre su manera posible de ver el mundo, de relacionarse con él, con su medio social y familiar, con la Europa que visitó. Su diarista no es un viajero profesional, no es un escritor, no es un artista en busca de expresividad. Es un burgués que viaja para distinguirse y que se distingue viajando y que, al hacerlo, se hace y se siente más burgués. No es Richard Ford o George Borrow; no es un diplomático como Washington Irving o el baron de Davilliers, no es un escritor como Theophile Gautier, Edmundo de Amicis o el cuentista Andersen

⁶ La obra clásica de Habermas al respecto, equívocamente traducida al castellano como *Historia y crítica de la opinión pública*, en Barcelona, Gili, 1982. Para los que no sabemos alemán, recomiendo la edición inglesa *The Structural Transformation of the Public Sphere. An Inquiry into a Category of Bourgeois Society*, Cambridge, Mass, The MIT Press, 1989 y «The Public Sphere. An Encyclopedia Article (1964)», *New Critique*, 5-2 (1974); págs. 49-55.

quien, por cierto, vino a Valencia en aquella misma época y le pareció un lodazal. Tampoco es Blasco Ibáñez viajando por el mundo ni es por supuesto un Sándor Marai, un burgués espiritualmente desclasado (a fuer de escritor) que veía a su clase desde fuera. De Llano es un burgués sin pretensiones literarias o creativas, perfectamente instalado en su clase que ve el mundo con la soporífera rutina moral, intelectual y espiritual del buen burgués. Dejar traslucir eso, impregnar con ello al lector, es a mi juicio lo verdaderamente excepcional de esta obra.

Como decía la criada convertida en señora de Sándor Marai, De Llano es casi como si no fuese un ser individual, distinto de los otros, una persona única e irrepetible. Sin embargo, es precisamente haciendo pensar al lector sobre esa supuesta falta de personalidad (en el sentido heroico del término) como la obra de Serna y Pons nos concede (paradójicamente) la oportunidad de trascender lo colectivo y alcanzar lo individual. La posibilidad de pensar acerca de las relaciones entre normalidad y excepcionalidad en la vida de José Inocencio de Llano. Rescatar al individuo, con sus características propias e intransferibles, y al mismo tiempo conocer su medio, el grupo social y familiar de que formaba parte y que le conforma sin anularlo nunca completamente como individuo. ¿Qué hay de singular y qué hay de genérico en la vida y las reacciones de José Inocencio de Llano?

Serna y Pons se plantean esa pregunta —la pregunta central, de hecho, de cualquier biógrafo aunque ésta obra no sea (sólo) una biografía. Para responderla —con la vasta erudición a la que tienen acostumbrados a sus lectores— los autores interpretan tanto las palabras como los silencios. Penetrar detrás de la falta de luz y de expresión en temas como, por ejemplo, los sentimientos de amor o desapego de los hombres de aquella época hacia sus mujeres (frágiles y enfermizas casi por definición) o por los hijos destinados de perpetuar la estirpe, la for-

tuna y los modales. Nos plantean cuánto hay de pudor y de contención en algunos silencios al respecto y cuánto hay de otra forma de sentir que hoy ya nos es ajena o, quizás, de otra forma específica de relacionarse con los sentimientos y con la escritura. Otras maneras de relacionarse con lo que se puede decir o no decir, escribir o no escribir, etc. Ajustes y descartes, incluso en lo íntimo, que tienen que ver con el tiempo transcurrido desde entonces y también (aún hoy quizás) con las diferencias de clase y de educación. Un universo de formas de distinción y comportamiento que nos permiten, por ejemplo, vislumbrar asuntos claves y aún muy discutidos en torno a las relaciones entre cálculo económico y honor familiar, razón y sentimientos, en el comportamiento burgués. Un tema brillantemente abordado cuando se analiza la operación de salvamento que organiza la familia de la esposa de Llano, Elena Trénor, cuando los reveses de la fortuna estuvieron a punto de hacerles padecer, también a ellos, el «síndrome de los Buddenbrook», aquél que en la novela de Thomas Mann se resumía en la frase de que «tres generaciones separan a un descamisado de otro descamisado» ⑦.

Hay páginas inolvidables sobre los balnearios y la obsesión por la salud, especialmente (pero no sólo) de las mujeres. No en vano los historiadores de la medicina han señalado el siglo XIX como el siglo de la «medicalización de la sociedad», al menos de la sociedad burguesa. Hay páginas, también difíciles de olvidar, sobre algunas visitas (además de la ya reseñada a los desigualmente momificados *Amantes*) como por ejemplo a una riña de fieras en Madrid, presidida por la reina Isabel II, donde el lector entrevé los tenues albores de una sensibilidad burguesa y moderna que comenzaba a ver (sin demasiado escándalo pero con pulcro distanciamiento) aquel espectáculo de luchas entre toros y tigres o la lenta agonía de un corzo acorralado en el ruedo por mastines. Una crueldad plebeya que aunaba a la reina y «al

⑦ Publicada originalmente en 1901. Existen numerosas ediciones en el mercado español.

pueblo» y que De Llano apunta de forma tan contenida como contenidamente plana es su descripción de una Isabel II casi adolescente, «que está muy gruesa y aparenta veinticinco años».

En otras manos, el dietario de José Inocencio de Llano habría resultado (como de hecho lo fue en la primera referencia que de él se tuvo) una nota a pie de página; un banco (exiguo) de datos para adornar o confirmar generalizaciones previas; o directamente un soberano aburrimiento. En las manos de Pons y Serna es todo un mundo, un mundo entrevistado a contraluz que nos revela cosas que no sabíamos (o sólo intuíamos) respecto al comportamiento, el modo de vida, las obsesiones, los modos de distinción y de actuación, de conciencia de sí de la burguesía decimonónica, tanto la valenciana como la europea. Como ellos mismos dicen, se trata de «un universo cercano y distante a un tiempo» que puede interesar tanto al especialista como al lector que no lo es. La intencionadamente relamida edición de *Gratacels*, con espléndidas ilustraciones de época que incluyen los dibujos de De Llano, puede contribuir también a ello.

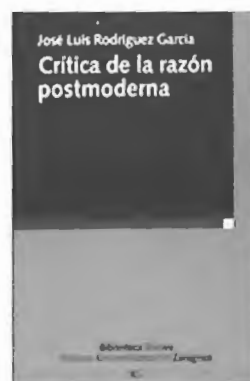
Isabel Burdiel es catedrática de Historia Contemporánea de la Universitat de Valencia.

La enigmática e inquietante postmodernidad

Josep A. Bermúdez i Roses

En 1983 la revista norteamericana *Telos* publicaba en su número de primavera una interesante entrevista con Michel Foucault bajo el título «Estructuralismo y postestructuralismo». En ella, y a requerimiento del entrevistador, el filósofo iba dibujando cuál había sido el *espacio de dispersión* en el que se había ido configurando su obra e iba haciendo un repaso de aquellos pensadores y movimientos que habían ido influyendo en su gestación. Hacia la mitad de la entrevista, y después de haber confrontado su filosofía con la de Habermas, Weber y Nietzsche entre otros, Foucault es inquirido para que se pronuncie, en palabras del entrevistador, sobre *ese cajón de sastre que es la postmodernidad*. La respuesta de éste no puede ser más lacónica: *¿A qué se llama postmodernidad? No estoy al corriente*.

No dejaría de ser anecdótico de no tratarse de quien se trata. No podemos perder de vista que entre la nómina de filósofos elevados a los *altares* de la postmodernidad Foucault ocupa un puesto de privilegio. Y por eso, no deja de ser curioso que, uno de los autores que figura como inspirador e instigador de la postmodernidad diga desconocer de qué se trata. Estoy seguro de que la respuesta, aparte de maliciosa, es sincera. Es maliciosa puesto que la entrevista continúa con casi media página del entrevistador, ahora entrevistado, explicándole a Foucault qué sería la postmodernidad, cuando de lo que se tra-



José Luis Rodríguez
Crítica de la razón postmoderna,
Madrid, Biblioteca Nueva, 2007,
312 págs.